

las lluvias únicamente lo preocupan, el sol lo alienta; es á manera de planta solariega que no necesita de cuidado; pero que anhela el calor y la luz para nutrirse de savia.

Las puertas de los hogares cerradas á la hora del alba se abren; las calles, antes desiertas, se pueblan de gente que se dirige á sus habituales ocupaciones; la plaza queda con muy pocos concurrentes que fueron tarde al mercado; regresan los muchachos colgada del brazo la canasta por la cual asoman sus madrecitas apetecibles los plátanos pintones, y esconde su escualidez la carne comprada muy tarde, cuando sólo dejan las piltrafas; pero los canates vendrán á enriquecer el almuerzo y aumentar el resultado del problema mental de la sisa que encontró una diferencia en contra de los bolsillos paternos y un beneficio para las golosinas infantiles.



XXXII

Vapores.

CUANDO recuerdo que los barcos de vela eran de antiguo nuestro sólo medio de transporte en viajes que duraban ocho días con riesgo de un naufragio en las aguas del Golfo, por lo peligroso de la barra de Alvarado, y comparo la hoy pronta y diaria comunicación con el vecino puerto de Veracruz y la fija con los pueblos de Sotavento, no puedo menos de creer en los beneficios del progreso.

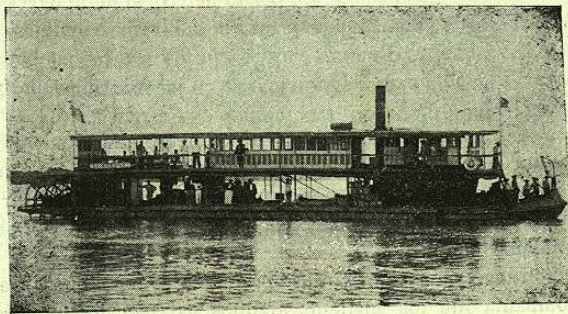
Nuestro río está surcado continuamente por vapores que conducen cargas en abundancia y pasajeros á montón; y aunque no son los tales buques muy estrictos en sus itinerarios ni muy cumplidos en sus compromisos, esto no obsta para condenarlos inútiles.

Son los vapores tan largos de tamaño como de nombre la Compañía que los sostiene; algunos parecen descomunales tortugas que, por arte de magia de no se que taumaturgo, han convertido el caparazón en casco con un andamiaje arriba,

una chimenea por respiradero y un agudo silbar por chillido.

Las márgenes de estos ríos, antes solitarias del barco de vapor, son ahora constantemente visitadas por ellos; tenemos una flotilla mercante con esos vapores, y una manera fácil, aunque incómoda á veces, de transportarnos á otras ciudades que, si no están lejanas, parecieron estarlo por la falta de rápida locomoción; hoy cualquier vecino conoce la *Triheróica*, como fué bautizado Veracruz por el venerable Macías—Bautista en esto de nombres geográficos y sabio en Filología—en la celebración del último centenario de la invencible del Golfo Mexicano; antaño era un privilegiado el que conocía y visitaba el nombrado puerto, y el vulgo—que siempre ve por vidrio convexo—veía en el viajero el arrojado de los argonautas ó la intrepidez del capitán Nemo del fantástico «*Nautilus*»; ogaño, en pocas horas y con muchas incomodidades, se traslada el viandante á las playas del Golfo, siempre que no se descarrile el ya famoso, (por los desastres... ferroviarios) tren de Alvarado á la histórica ciudad fundada por Cortés.

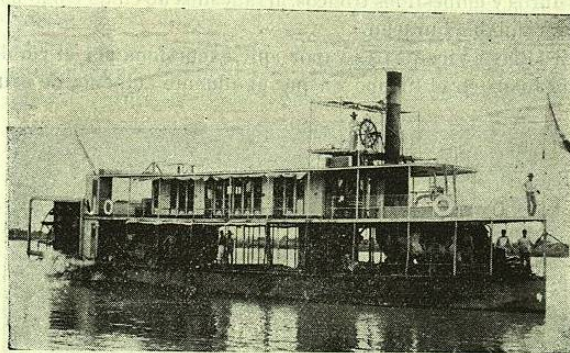
Los vapores sueltan el silbato á pitar con la misma impertinencia de arrieros de recua, y se embarrancan á cada paso; los principales del tráfico son:



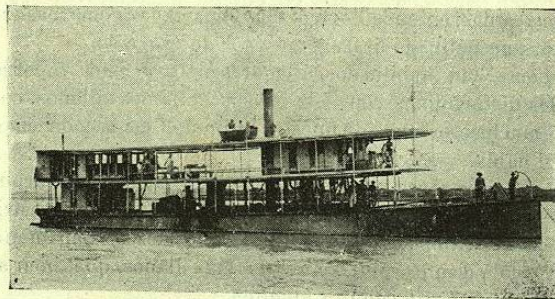
El «Tuxtepec,» que ha prestado grandes servicios en la ca-

rrera por estos ríos, lleva atrás alta y potente rueda y por delante una proa en forma de carapacho.

El «San Juan,» que viaja por el río, del cual toma el nom-



bre, en la época en que es navegable por las embarcaciones de alto calado; su construcción es airosa, si lo comparamos con el «Catemaco» que es el enano de la venta entre los vapores; cuenta con amplia cubierta y con rápida marcha, por

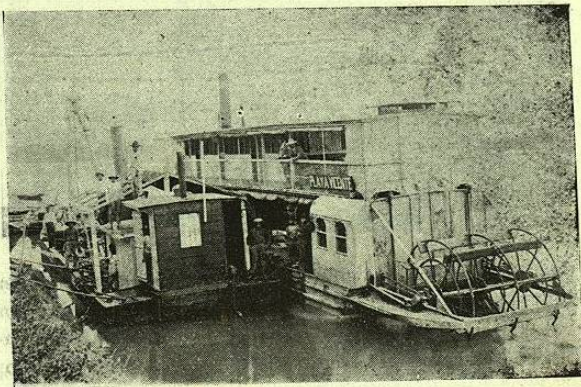


lo cual es muy del gusto de los pasajeros que de seguida viajan por estos ríos.

El «Valle Nacional» es otro de los vapores de esta vía flu-

vial más veloz y seguro, no obstante que el Papaloapan, enfurecido por la fuerza de las avenidas, no respetaría ni al mismo «Leviatán,» cuando lanza sobre el airado correr de las aguas los duros y embestidos troncos, arrancados de cuajo como por un formidable huracán.

El «Playa Vicente» es vapor que excursiona por el río de «San Juan» en el tiempo en que el afluente aumenta de cau-



dal sus aguas; entonces lleva á muy apartadas comarcas ribereñas un hábito de fiesta y un vigor de progreso.

Estamos tan habituados á la presencia de estos vapores que los distinguimos con solo oír sus chillones silbidos, como á muchas personas de nuestra intimidad las reconocemos por el habla.

El que silba ronco y campanudo, quizás para demostrarnos que es viejo veterano, es el «Tuxtepec»; el de pitazo estridente es el «Valle»; el de sirena escandalosa es el «San Juan»; el «Playa Vicente» usa de avisos más llanos, que bien se compadecen con su captura humilde.

El «San Juan» es el fanfarrón de la flotilla; el «Tuxtepec» el cumplido de la ruta; el «Valle Nacional» el campanudo de la jornada; y el «Playa Vicente» el modesto del tráfico; tenemos pitos y silbidos, que no siempre habrán de ser «pitos y

flautas», á casi todas horas del día y á no pocas de la noche.

A la llegada de los vapores, los muelles se cubren literalmente de gente, la mayor parte desocupada, de esos que van de diario á ver quién viene, como si por aquí pasaran todos los días personas reales ó animales raros, cuando solamente pasan algunos dependientes viajeros que se internan en la sierra á vender sus mercancías, ó uno que otro plantigrado doméstico, con tal cual famélico caballo que pasan río arriba á ser la admiración de lejanos poblados; los cargadores son asiduos asistentes á todo arribo; tan luego tienden la plancha, ya ellos se están introduciendo con impetuosidad de avalancha y hacen presa en los pasajeros, sucediendo á menudo que tres cargadores á la vez se disputan llevar el equipaje á un solo y paciente pasajero: éste le quita el paraguas de la mano, aquel la maleta y ese otro la sombrerera; aquí de las protestas, de las ofensas y de las engañifas; pero queda en medio de esta imprudencia una gran virtud: así conduzca un cargador de estos el equipaje de un rey José puede quedar confiado, que el mozo de cordel no le robará ni una hilacha. Son divertidas y chuscas estas tan repetidas llegadas de vapores: en las garitas del muelle se agrupan mujeres, niños y nodrizas que esperan la llegada del esposo ausente por veinticuatro horas; y al tiempo de saltar de abordó se escuchan las exclamaciones de regocijo y los saludos y bienvenidas; á alguno que estuvo en la Heróica un día, le dice la costilla: has venido muy delgado, estás pálido; de igual suerte que si aquel afortunado marido hubiera atravesado el charco y hecho un viaje de seis meses y una travesía de quince días.

A la salida de los barcos también se presencian casos curiosos y no menos chuscos: los precavidos traen embrizada surtida canasta con una gallina asada, un alón de pavo, tres panes franceses, ruedas de pescado frito, dos tamales, chocolate, un reverbero; dos botellas, una con aguardiente para el momento de hacer fuego en el reverbero y batir el chocolate, y otra con vino clarete para almorzar; todos estos comestibles evitan ayunar al pasajero, pues la comida de los vapores con ser mala es escasa, tanto, que

un monje de la Trapa, acostumbrado á prolongadas abstinencias pedía á bordo de estos barcos un poco de caldo; también el surtimiento de vituallas es para estar prevenido contra la contingencia de un descarrilamiento, que en descarrilándose el tren fuera de poblado no hay más alimento que las tunas de los arenales.

Ciertos individuos que nunca jamás han salido del terruño, si no es para atravesar el Papaloapan y dirigirse á «Santa Rita» á tomar agua de coco, gastan tiempo y palabras en preparativos de viaje; y, la víspera de la marcha, se despiden del vecindario con promesas de llevar lo que se ofrezca; y como á los buenos vecinos siempre se les ofrece dar y hacer encargos, el futuro viajero tiene que apechugar multitud de encargos y llenar la memoria con variedad de recados para otra variedad de tipos habitantes de la Triheróica (que para algunos candorosos es vivir en Nueva York), no faltando chusco que encomiende al cuidado, y más que al cuidado á su paciencia y largueza, tres macetas y una tinaja con filtro, un galápago y dos sandías, engorros todos para entregar al término del viaje á siete personas que viven por rumbos diferentes; el día de salida de tan venturoso mortal, así alumbré un sol candente, porta un paraguas enfundado á modo de bastón y un *plaid* á cuadros hecho veinte dobleces en el brazo; y para eterno recuerdo del anunciado viaje descarrila el tren cerca de la estación de «La Piedra»—que es por donde siempre tal desastre sucede—se le extravía al asombrado viajante el galápago; con la fuerte colisión se rompen macetas y tinaja; y por exceso de sed el viajero, con tantas para él aventuras de Gulliver, se come las dos sandías al raso!



Tamales.

EL tamal, bocado tradicional en esta tierra, tal vez porque el maíz se da lozano en las margenes del «Papaloapan», es un platillo (hablo metafóricamente) que, á ser más leídas las aderezadoras de tan rico bocado, ya estaría un ocurso camino del Ministerio pidiendo patente de privilegio exclusivo; hay muchas manos que los sazonan sabrosísimos de elote, otras de pescado y algunas de *masa* con galápago, gallina ó carne de puerco.

Son como marcas de fábrica; y lo que resulta más regional es que el gusto para hacerlos va siendo hereditario; conozco familia que la fama de sus tamales no decae desde que principió á venderlos la bisabuela; y otra, que con el último descendiente acabó el justo prestigio de los apetitosos tamales de pescado.....

Y para que sus respectivos nombres pasen á la historia del terruño, los asentaré aquí: una es tía María Hesiquia, y la que no dejó descendencia ni heredera de su alta cuanto reconocida fama *tamalicia*, se llamó en vida tía Matiana.